

Otro de los medios generales de que se sirva el Salvador para rechazar las tentaciones, es la paciencia. Por eso permite las tenta-

en la epistola á los Efesios, tiene como primera consecuencia el hacer fácil esta resistencia. Resistir en efecto, guardar su posición, permanecer en su puesto, hé aquí de lo que sobre todo se trata. *Resistid tan solo al demonio*, dice Santiago, *y le vereis huir*. Sant. iv, 17. No os disipeis, sea lo que fuese lo que á vuestro alrededor pase. Cuidad de vuestra alma, cerrad sus ojos, tabicad sus oídos. El enemigo no os pedirá sino que le prestéis atención un solo segundo; pretenderá que no tiene que decirnos más que una sola palabra, y tal vez sea cierto; pero tened entendido que dicha palabra no será sino la chispa de una hoguera, tal vez en un almacén de pólvora arrojada. Seamos, pues, intratables, rehusemos la conversación con el enemigo, pero inmediatamente. En esta materia, es un principio de primera necesidad el no discutir jamás con la tentación. ; Ojalá no hubiera olvidado dicha regla nuestra primera madre allá en el paraíso terrenal! — Un solo acto de desprecio, hecho interiormente basta á veces para hacernos caer en el pecado, bien sea dicho acto objeto de la tentación, bien sea motivado por el tentador mismo. En otra ocasión dicho acto sería tal vez un lujo; bastaría entonces con dejarlo pasar, procurar uno distraerse, ocuparse en algo serio, aunque fuera en algún trabajo manual. Muchas tentaciones no toman cuerpo y no degeneran en peligrosas para nosotros, sino porque evitamos el que así sea. Hay mil pensamientos, mil imágenes que pueden influir y perjudicar á nuestro espíritu, mil sentimientos irreflexivos que commueven el corazón ó sentidos, de los que tenemos que hacer igual caso que el que el viagero hace de los insectos que revolotean en torno suyo, ó del polvo que levanta al andar. Las almas sencillas todo lo simplifican; y por el contrario nadie hay que sea tan amenudo tentado, á veces cruel y peligrosamente, como los que tienen un alma cavilosa, perpleja, escrupulosa; y, mas aún que estas, las almas que carecen de rectitud consigo mismas y de sinceridad para con Dios. — A pesar de todo hay ocasiones en quo no nos será posible salir de la tentación tan fácilmente. No hay entonces medio de distraerse; vese uno asediado: el desprecio mismo no dá resultado; tales son las fuerzas por el enemigo desplegadas, que se vé uno obligado á contar con ellas. Vese uno cercado, trabado, rodeado de tinie-

ciones, sin suspender por ello los ejercicios de penitencia que efectuaba en el desierto, después se deja trasladar al pináculo del tem-

blas y como sumergido bajo las olas. De todos los malos instintos del corazón y del cuerpo no hay ninguno que no tenga su encanto, que no le acaricie, que no esté en él contenido y al parecer subjugado. Esto es, en esto consiste ese estado vergonzoso y lleno de dolor de que nos habla amenudo el profeta: *Las aguas*, dice, *esas heladas aguas que apagan la caridad, han penetrado basta mi alma; estoy como sumergido en un abismo de cieno* (Salm. lxxviii, 1). Toda la materia humana se abra como de sí misma en las secretas y perfidas invitaciones del seductor que nos instiga. La voluntad inutilmente se opondrá y retirará, no impedirá por ello ni la viveza é intensidad de las tentaciones, ni su fingida dulzura. Hallase uno cual si estuviera embriagado, cual si estuviera loco. En otras ocasiones se siente uno movido por una fiebre de incredulidad, de rebelión y de independencia que se apodera de pronto de nuestra alma y parece no solo arrancarla de Dios primeramente, sino oponerla al mismo como una potencia rival, alegando derechos, reclamando una deuda, formulando quejas. O mas bien experimenta violentos sentimientos de colera y de rabia contra el prójimo. En una palabra no hay pasión alguna que no tenga su demonio y no pueda, con su auxilio, promover tempestades en nosotros. ; Qué hemos de hacer pues? Orar, siempre orar, orar con fervor; y tambien resistir, mantenerse firme, contradecir; decir que no, cuando todo dice que sí; decir al deber, cuando todo nos invita al placer; decir Dios, cuando todo nos dice nosotros. Si haceis esto, resistis y todo se salvará. Así como todo el género humano estaba en el arca, cuando, conducido por Dios, flotaba sobre las aguas del diluvio: así tambien toda nuestra vida moral está en este acto de voluntad, en esta renuncia, en esta negativa, en esta palabra que no hay necesidad de pronunciar. Y no solo nuestra vida moral, sino esta gracia santificante, que es el valor y vigor divinos y juntamente con esta gracia todas las virtudes que le son consecuencia. Pues si bien es verdad que hay virtudes de las que nuestra voluntad no sea el inmediato asiento, como sucede con la caridad que es la primera y vivificadora de todas las demas, estas mismas las tiene como en depósito; y así como tiene el deber de defenderlas, tiene tambien poder para guardarlas. Aquí es pues

plo de Jerusalem y desde allí á la cima de un elevado monte Permite que el enemigo le tiente de gula, orgullo y avaricia. El demo-

donde las guarda. No existe al parecer á veces sino la cima del alma, y como un solo punto de la misma, que no esté sumido en el oceano de cieno: no importa; nuestra libertad está en ese punto; esta cima tiene suficiente espacio para que el sol divino iluminarla pueda; tiene suficiente extension para que Jesus pueda posar en la misma sus plantas. Tal es el efecto de la resistencia. — Haciendo caso omiso de la gracia que siempre y en todas partes permanece en principio, esta fuerza de resistencia proviene de muchas causas; y la primera de todas es la fé. La fé es nuestra ama principal: el que sabe manejarla bien, no se verá abatido, ni arrastrado, ni vencido. Mas que un arma, es el fondo mismo y la energia de todo nuestro temperamento espiritual. Por medio de la fé, en efecto, nos vemos divinamente robustecidos y ademas plenamente vencedores. Los libros santos declaran en mil distintos lugares que es la virtud que triunfa por excelencia. Leed el capitulo once de la Epístola á los Hebreos: y véreis de lo que la fé hace capaz al hombre. San Juan dice formalmente que es el gran secreto de nuestra victoria sobre el mundo; I. Joan. v, 4; y san Pedro que basta la fé sola para hacer frente á Satanás. I Petr. v. 9. Lo cierto es que cuando los discípulos preguntan al Señor porque no pudieron ellos echar al demonio: *A causa de vuestra incredulidad*, los contesta; y añade: *En verdades digo si tuviereis fé del tamaño tan solo de un grano de mostaza, diriais á esta montaña: Retirate, y se retiraria y nada os seria imposible.* Matth. xvii, 19. ¿ Cuando será cuando el infierno adquiera en este mundo tal preponderancia que parezca ser Satanás el dueño absoluto de todas las cosas? Pues en esa epoca nefasta de la que dijo Jesus: *¿ Cuando el Hijo del hombre vuelva de nuevo, creéis que hallará aún fé sobre la tierra?* Luc. xviii, 8. El día divino, que es Jesus, en la fé consiste, como ya os he dicho, pues que la fé es la que le hace brillar en el alma. Luego, cuando tiene ó alcanza todo su esplendor (y este esplendor crece á medida que nuestra fé adquiere nueva vida) toda sombra desaparece y toda tentacion cesa. En este mismo sentido es en el que se deben tomar estas palabras de que *la verdad nos salva.* Joan. viii, 32. — Repasad, sino la historia de vuestras tentaciones, ó por lo ménos la de vuestras caidas y veréis como no habeis cedido ni una sola vez al ten-

nio se conduce con Él sin miramiento alguno, del modo mas grosero, llevándole donde quiere, sin pedirle permiso y proponiéndole

tador, sino porque en aquel momento en que cediais perdisteis de vista una ó varias verdades de los que la fé os revela. Dios os pareció que estaba ménos presente, ó ménos fiel, ó ménos cuidadoso de vuestros intereses; no contasteis con él como acostumbrabais; dudasteis de la gracia; el cielo con sus magnificencias se nubló á vuestros ojos; el pecado comenzó á pareceros ménos horrible, y los juicios de Dios ménos temibles. En fin, sea de un modo ú otro vuestra fé se eclipsó y por eso mismo el corazon os faltó. ¿ Quereis evitar siempre y con seguridad esa desgracia? Oh! pues en primer lugar cultivad en vuestra alma esa virtud capital llamada fé, trabajad para que crezca en vuestro corazon. Y ademas, cuando el enemigo esté presente, en la hora crítica, haced actos de fé, pero actos formales, repetidos y hasta meatreveré á deciros, que obstinados. — Un segundo principio de resistencia es la humildad. Si la fé hiere á Satanás en la cabeza, la humildad le hiere en el corazon; y respecto á las demás tentadores que son nuestros deseos, la humildad rechazando y destruyendo al principal de todos que es el orgullo, fácilmente reduce á los demás. Luego si os veis tentados, humillaos. No os digo que os humilleis en presencia de Satanás, aunque, en cierto modo, pueda esto hacerse; pero es á veces muy poco conveniente para que pueda ser amenudo provechoso. Con condicion de efectuarlo humildemente, parece mas conveniente humillarle á él; y en todo caso es muy importante no rebajar jamas ante el enemigo nuestra dignidad de cristianos. Mas cuando la tentacion nos incite con fuerza, hagamos de actos internos de humildad, actos que en este caso son tan faciles y semillos como oportunos; pues que, prescindiendo de la vergüenza que para nosotros pueda haber en el mal que se nos propone; cuando conocemos mejor nuestra debilidad y flaqueza? Si la ocasion lo lleva en sí y la prudencia lo permite, humillemonos delante de otro. Es generalmente mas seguro humillarse delante de sí; es esto mas conveniente y ventajoso en el órden de la virtud, y, por lo mismo, mas eficaz en el de la resistencia. Por lo ménos siempre que lo juzguemos prudente y bueno, hagamos este excelente acto de humildad que consiste en abrir nuestro corazon á quien tiene derecho á conocerlo en esto de la tentacion. El amor propio encontrará

las cosas mas repugnantes y que mas pudieran herirle. En presencia de esta febril actividad del demonio, Jesus, repito, permaneció tranquilo y no dejó traslucir el mas ligero movimiento ni palabra alguna de impaciencia. Así es que esta calma le dió tal presencia de espíritu y una fuerza tal para resistir á su enemigo de que no hubiera ciertamente dispuesto si se hubiera impacientado ó turbado lo mas minimo.

Seamos pues pacientes y tranquilos cual Jesus, y, me atrevo á decirlo, estemos hasta alegres en el tiempo de la tentacion. Por multiples y diversas, por causadas y prolongadas que se nos pre-

en ello un suplicio : por lo cual se apresurará á imponernos silencio ; pero el suplicio no es un mal demasiado grande para quien tiene merecida la muerte, y el incesante trabajo de ese doméstico demonio bastante claro muestra la ganancia que haríamos si le prestáremos oído en esta mareria. Descubramonos pues, declaremos nuestra pena, confesemos al demonio, y noventa y nueve veces sobre ciento, nos verémos libres de él y quedaremos en paz. En fin, miéntras seamos tentados, permanezcamos humildes bajo la mano de Dios. En último resultado, no lo olvidemos nunca, pero sobre todo en la lucha, á Dios solo es á quien hemos de acudir. *El fuego, el granizo, los hielos, las tempestades* qué son despues de todo sino instrumentos de Dios, y que otra causa hacen sino obedecerle ? David lo dice : *Hacen su verbo*, Ps. cXLVIII, 8, es decir sin género de duda, ejecutan sus órdenes, sin poder ir mas allá de lo prescrito ni una sola linea ; pero es tambien á su modo y por su parte como ejecutan la obra que Dios lleva á cabo en sus criaturas, y en la que especialmente en nosotros ejecuta ; cuando la tentacion nos prueba ; imprimennos la forma de nuestra predestinacion, nuestra eterna y divina forma ; hacen de nosotros la imágen viva de Dios, convertemos en el Verbo encarnado Jesucristo. Luego, conociendo por la fé que en este momento Dios ejecuta precisamente en nosotros su obra, y se sirve, para santificarnos, de las consecuencias, frutos y reliquias de nuestros pecados, humillemonos como penitencia, humillemonos por religion, humillemonos por admiracion, gratitud y amor. Sera ya demasiada justicia para que no sea tambien sabiduría y fuerza (Gax, *Virtudes crist.* De la Tentacion.).

senten estas tentaciones, conservemos siempre la sangre fria, seamos dueños de nosotros mismos. Recordemos que la vida del hombre sobre la tierra no es otra cosa sino un combate continuo, que nos verémos tentados, por mas que hagamos, hasta nuestra última hora, y tomemos ó propongámonos la resolucion firme de luchar en la guerra sin tregua que miéntras en el mundo estemos ha de ser constante. Nuestra paciencia y tranquilidad bastarán las mas de las veces para desconcertar al enemigo, y nos servirán á nosotros mismos para ver de una manera clara y precisa sus maquinaciones y no caer en las mismas. Si por desgracia nos turbásemos ó impacientásemos, entónces fácilmente nos podria vencer el tentador, lo que seria para él una gran ventaja y para nosotros la primera caída que diésemos en su redes ¹.

1. ¿ Como triunfarémos de la tentacion ? Preciso es para ello tener buen humor, cada vez mejor humar y siempre un humor inmejorable (FABER, *Progresos de la vida espirit.* t. II, cap. 15). Es en principio una condicion sumamente favorable para la vida espiritual y un gran paso en la misma, el tener un carácter alegre. Los tristes, no hablo de los serios, sino de los tristes son casi inútiles para la lucha. Incalculable es los medios que á las tentaciones de todo genero proporciona la tristeza habitual, y si, cualquiera que sean las causas y razon de la misma, esta tristeza no es por nosotros combatida ; si por el contrario la fomentamos, savoreamos y cultivamos, el alma acabará por no poder contar el número de sus derrotas. Mas como, en lo que el carácter se refiere, la naturaleza tan solo es la que influye, no hemos de hacer sino felicitar á los que con tan felices disposiciones nacieron. Quien no tuvo esta suerte, debe suplirla por medio de la virtud : y aún cuando esta virtud sea sublime tal vez por eso mismo, no hay gracia alguna á la que no nos conduzca de buen grado y nos ayude á llegar. Basta para ello que sea gracia, es decir, algo que no tiene fuerza sino por su propio encanto ; algo que procede del amor ; algo, que, nace un dia de una sonrisa de Dios, y se dilata para siempre terminando en gloria y bienaventuranza. A decir verdad, todo en la gracia es alegría. ¿ Qué otra cosa es el Evangelio, sino el anuncio hecho á la humanidad entera, de una alegría infinita y divina ? *Hé aquí*, dicé el ángel de Belen, *que vengo*

Veamos ahora los medios especiales ó particulares que el Hijo de Dios emplea para rechazar los asaltos del tentador. Uno de esos medios consiste en recurrir á la Escritura Santa. Cada tentacion es rechazada victoriosamente con una sola palabra que no admite replica. Así es que el demonio, á pesar de su mala fé y jactancia, hel-

á anunciaros una gran alegría que será comun á todos los pueblos. Luc. II, 10. ¿ Qué es el Bautismo sino la alegría del Señor germinando en nuestro corazon? ¿ Qué la Penitencia, sino la alegría del Padre celestial al encontrar de nuevo al hijo pródigo y obligándole al purificarle á que vuelva á desfrutar del perdido gozo ó alegría? ¿ Y la Eucaristia qué es sino la alegría de las alegrías, el goce de los goces, una alegría que envidiarnos pudieran los mismos ángeles si capaces fueran de sentir envidia? Jesus no es mas que alegría, alegría es tambien su religion pero una alegría tal que convierte en júbilo el llanto y hace felices á los que sufren. ¿ Quién á tal perfeccion llega de qué y de quién depende ya fuera de Dios? ¿ Quién á esta llega no domina por completo la tierra? ¿ Quién llegó á tal altura, qué puede ya temer?; *Bienaventurados los que lloran!* Bienaventurados los que viven desprendidos de las cosas del mundo. *Bienaventurados los que sufren hambre y sed!* Mucho mas bienaventurados aún, *los que sufren persecucion por la justicia.* Matth. v, 2 y sig. Y sufrir persecucion por la justicia es en verdad el ser tentado por el mundo ó por el demonio. Ahí teneis las divinas máximas. Sean ellas la base en que se apoye nuestro corazon, la luz que nos guie en nuestro camino, la ley que regule los actos de nuestra vida. Contestemos con la alegría ese mal terrible de la tentacion mirando siempre y en primer lugar todas las cosas por su lado mas agradable; tomemos todo cuanto nos acontezca como motivo de júbilo, segun la palabra de Santiago: *Cuando seais tentados, creed que todo es gozo y alegría.* Jac. I, 2. Obligüemos al demonio, que no pretende sino hacernos sufrir, ó que vea que el único efecto de su malicia es el ponernos cada vez mas contentos: entónces gustaremos esa paz de Dios de la que dice san Pablo supera todo goce. Philip. iv, 7; y continuando en esta vida algun tiempo aún, desterrados segun la carne, me atrevo á decir que respecto al espíritu, habemos comenzado á vivir en la patria eterna, *Virtudes crist. De la Tentacion).*

lase tan verdaderamente vencido que no se atreve á insistir y prepara un nuevo ataque en otra distinta materia. Al examinar detenidamente la lucha de Satanás con Jesus parecele á uno contemplar el singular combate de un caballero con un infante. Él que á pié combate armado se halla con poderosa lanza. El caballero arrója sobre su corcéel, ferrado de hierro; parece que va á destrozár por completo á su adversario. Mas él que á pié se halla clava su lanza en el pecho del bruto con golpe tan certero y fuerza tal que caballo y caballero caen al suelo, y el jinete vese obligado, para continuar la lucha de montar nuevo caballo en cada ataque.

Por desgracia nuestra, no conocemos, cual Jesus lo conocia el gran recurso de la Escritura Santa. Si le conociésemos, como Él allí hallaríamos armas poderosas contra las tentaciones todas del demonio. Estudiemos, al ménos cuanto nos sea posible, el libro en que se encierra la palabra de Dios, y sobre todo apliquemos bien sus enseñanzas á nuestras necesidades para sacar de cada una un arma contra tal ó cual defecto que nos inducen en la tentacion mas fácilmente¹. Siempre, sin excepcion, podemos cual el Señor lo hizo oponer á las tentaciones que á la sensualidad se refieren estas palabras: *No de solo pan vive el hombre;* á las tentaciones de presuncion estas otras: *No tentarás al Señor tu Dios;* y por último á las de ambicion: *No adorarás sino á Dios solo y á Él solo servirás.*

1. Estudio y frecuente lectura de la Escritura Sagrada. — *Causas ó motivos que á ello nos invitad.* 1º El ejemplo de Jesus que se sirve de textos de la Escritura para rechazar los ataques del enemigo. 2º El ejemplo de los santos y de las personas todas que desean salvarse. 3º El provecho que de dicha lectura se saca, para adelantar en el camino de la virtud. 4º Los puros goces que anejos se hallan á tan santa lectura y estudio. — I. *Modo y manera de leer y estudiar la Escritura santa con utilidad.* — Es preciso que la estudiemos para ello, 1º con asiduidad y perseverancia; 2º con atencion y reflexion; 3º con fé y religioso respecto; 4º con espíritu de oracion ó invocando las luces del Espíritu Santo; 5º con intencion de aplicarnos lo que nos conveuga (Dehaut, El Evang. expl. 2. p. 1. secc. § 18).

Tambien empleó el Señor, como medio para rechazar al demonio, la indignacion, y este medio lo empleó cuando le dijo estas terribles palabras: ¡ *Retirate Satanas!* Mas, no hemos de abusar de semejante medio porque el demonio fácilmente podria torcerlo contra nosotros, excitando nuestra indignacion hasta convertirla en ira. El Salvador nos dá además á entender en que circunstancias podemos de él servirnos que es cuando la tentacion tiende á arrebatár á Dios el homenaje que le es debido. Miétras la tentacion no afecta mas que á Él mismo contentase Jesus con rechazarla tranquilamente; mas cuando el tentador quiere que se le tribute el honor de la adoracion que á Dios solo es debido, entónces le contesta Jesus indignado: *Retirate Satanas.* A imitacion suya, no empleemos tal medio sino cuando se trate del honor de Dios ó de su Iglesia.

Hay un medio por fin de rechazar la tentacion que puede emplearse en todo caso y circunstancias y consiste en servirse de la misma tentacion. Y quien nos sugiere este medio universal y absoluto, asombrados quedaréis cuando os le nombre, no es Jesucristo, sino el demonio mismo. ¿ No es verdad que como dice el Evangelio de de este dia, y muchas veces nosotros mismos hemos experimentado, saca el demonio sus mas poderosas armas de las cosas mas santas, como por ejemplo, de la palabra de Dios y de nuestras propias virtudes? Pues bien, siguiendo su ejemplo, podemos nosotros proveer nos de poderosas armas defensivas sacándolas de sus mismas tentaciones, armas completamente invencibles y que el enemigo no puede rechazar. Veamos como.

Siempre que el demonio nos tienta, casi siempre, viene á consistir la tentacion en el cambio ó trueque de nuestra alma por una satisfaccion ilicita que concedernos promete. En la propuesta de un contrato tal, consiste, repito, la tentacion. Ofrecióle á Adán una manzana á cambio de su alma; á Jesus, en el dia de hoy, ofrecele todo el mundo, es decir, cuanto ofrecer puede, pues que ofrecer el cielo le era imposible. Pues bien aún cuando viniera á ofrecernos, á cambio de nuestra alma el mundo con todos sus honores y riquezas, no deberíamos espartarnos ni temblar ante tentacion semejante,

pues nada hay mas fácil y sencillo que volverla contra su mismo autor por poca fé y discernimiento que uno tenga. No tenemos, en efecto, mas que decirle: Me ofreces el mundo, si cometiendo yo el pecado te vendo mi alma; al hacerme semejante propuesta no estarás dispuesto á perder, por lo tanto, esto significa que tu mismo consideras que mi alma vale mas que todo el mundo. Por lo tanto, no quiero darte lo que vale mas á cambio de lo que ménos vale. Quedate, pues, con tu mundo, que yo quiero conservar mi alma. Y si de este modo podríamos cambiar contra el demonio tan terrible tentacion, caso que á atacarnos viniera, cuanto mas fácilmente podríamos volver en contra suya todas las tentaciones con que continuamente nos instiga y en las que nos invita á venderle nuestra alma á cambio de las mas miserables satisfacciones; á cambio, por ejemplo, de cualquier venganza, de una ganancia ilicita, de un goce grosero, del humo de la vanagloria¹.

4. Ofrecenos el demonio el mundo y en cambio nos pide el alma: vea cada cual y pese y medite dentro de sí, si le conviene dicho trato. Cedemos y nos vendemos amenudo porque no pesamos bien las ventajas y contras. Volvia Esaú cierto dia del campo, rendido de fatiga y extenuado por el hambre; llegó á tiempo y en el momento en que su hermano Jacob, dice el sagrado texto, preparando estaba un plato de lentejas. Esaú le ruega comparta con él aquel manjar sabroso. Su hermano aprovechando la ocasion le manifiesta que no está muy dispuesto á otorgarle ese gusto, mas, que le cederá el plato entero si le dá en cambio su derecho de primogenitura. ; Guardenos Dios de vernos tentados y hambrientos á la vez! Acepta Esaú el cambio. Su derecho de primogenitura, la herencia de Isaac, Abraam, el patrimonio mas cuantioso del mundo, todo lo dá á cambio de un plato de lentejas! ; Acaso está loco, ese insensato? De ninguna manera, solo que, dicenos el texto, vendió sin pesar ni saber lo que vendia: *Abiit parvipendens quod primogenita vendidisset.* Si Esaú, ántes de vender, hubiera pensado y poniendo á un lado del peso su patrimonio y al otro las lentejas pesados hubiera en su razon; ¿ creéis que hubiera llevado á cabo el cambio? ciertamente que no. Luego por la misma falta de pensar es por lo que se venden muchas almas. Esta historia de Esaú y Jacob no sucedió